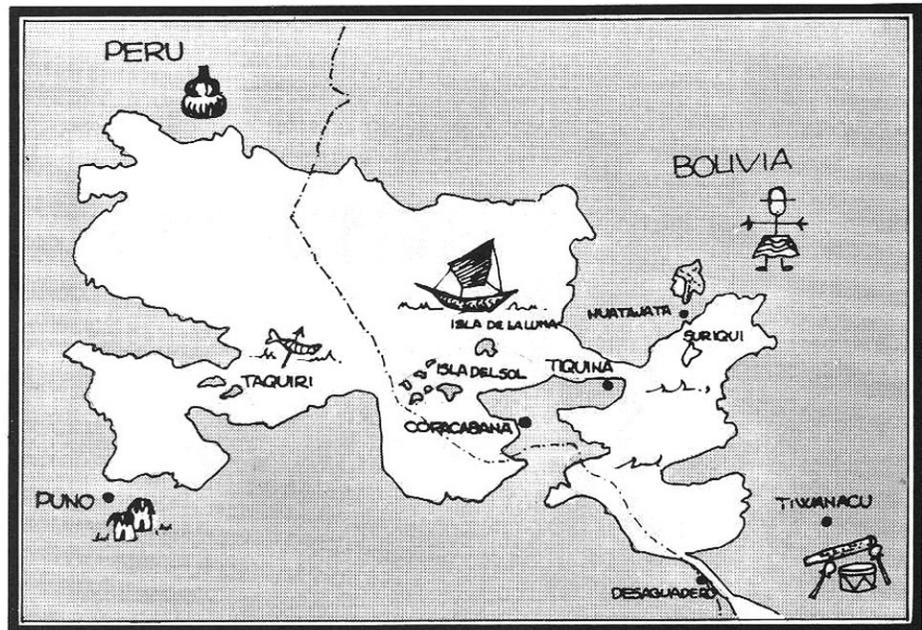




Revista "Navegar", 1985.



NAVEGANDO ENTRE LAS NUBES

Titicaca

Escribe: Carlos Vairo

Navegar es posible en cualquier sitio, pero cuanto más inhóspito sea éste mayor será la gloria (y el ego) de quien lo haga. El Titicaca es uno de esos lugares. La altura, el constante mareo, la falta de oxígeno y el desafío ya están, ahora le toca a usted.

Puerto Montt. Chile. *Son las 10 de la mañana, buena hora para destapar una de las últimas botellas de Campari que me acompañaron durante este viaje.*

A mis espaldas, montañas con nevadas cumbres armonizan con las áureas velas de los paisanos-marineros que trabajan en sus embarcaciones de alerce. Mi mente empieza a divagar por los recuerdos del altiplano... el lago Titicaca... las totoras... su gente...

Este viaje comenzó realmente hace unos cuantos años en la facultad de

Antropología. Ahí fue donde comencé a interesarme por los medios antiguos de navegación, sus características y su procedencia. Las jangadas, totoras, chilotas, caballitos de mar, saveiros, canoas... un mundo mágico en el cual me propuse navegar.

Cerca del sol

Agosto 1984. Arribo a El Alto, aeropuerto de La Paz: es mi primer contacto con la Puna y por ende con el apunamiento, cuyos síntomas son realmente desagradables.

Fatiga, dolor de cabeza, falta de

Navegando entre las

de encontrar una balsa de juncos. Con mayor precisión: una totora, con vela cuadra de esterilla y remos para poder cumplir mi objetivo: navegar el Titicaca; recorrerlo hasta Perú, paseando por sus islas.

Me encuentro ante la disyuntiva de hacerlo por el E o por el W. Decido hacerlo por el oriente. Una máquina de fotos, una libreta de apuntes, una campera y algo de comer, nada más hacía falta para emprender esta aventura.

Mientras espero el ómnibus, a la mañana, bien temprano, veo en un "puesto" de la calle cómo un coya prepara un plato de arroz con mondongo.

Falta media hora para mi partida y siento hambre. En el "puesto" de al lado me abastesco de naranjas, zanahorias y pan.

Cabe acotar que no son los "puestos" abundantes en Baires, los nombro de esta manera para tratar de identificarlos con algo que se les parezca, porque en realidad son ponchos o bolsas depositadas en el suelo sobre las cuales se encuentra todo tirado, desde el brasero a las bolsas de pan.

Finalmente llega el bus a Copacabana. Este es como un 60 en horas pico, pero con la novedad de que aquí viajan gallinas, colchones, cajas, puercos vivos en bolsas, cajones y muebles... Los niños viajan cómodamente en las espaldas de sus madres.

Disimuladamente, cohibido ante tanto revuelo, contemplo asorado el majestuoso paisaje. "La nada", una planicie monótona con un fondo lejano de montañas. Es en estos momentos cuando uno piensa en la comodidad del hogar, el club, las reuniones de handicap, las regatas, las niñas de plaza Francia, la calle Florida, el YCA...

Cuando diviso el lago, bajo del micro y camino por la orilla averiguando la manera de conseguir una "totora". Es así como llego a Huatajata, donde un pescador se ofrece a llevarme hasta la isla Suriki en su barca de vela latina. Ya en ese entonces sabía que era allí donde podía encontrarme con Paulino Esteban.

Llego al mediodía y dejo caer mi cuerpo en una playita para recibir las caricias del sol. Medito sobre el lago,



Las islas formadas por juncos son muy curiosas. La sensación al pisarlas es igual a la de caminar sobre una gigantesca colchoneta, sólo que en algunos sitios la aventura puede resultar algo húmeda y hasta peligrosa.

aire, mareo... El malestar general me invade, dándome la bienvenida a un paraíso del cual no todos pueden disfrutar. Su ubicación y su riguroso clima conforman una barrera natural que ahora más que nunca estoy dispuesto a cruzar.

Ante estos síntomas, por cierto, no hay té de coca que valga. Para lo único que sirve es para mitigar el hambre, cuya sensación no está ausente a esta altura.

Cómo será la falta de oxígeno, que hasta hace pocos años en La Paz no había cuartel de bomberos ya que no podían producirse incendios. Dado que resultaba ilógico que una ciudad capital no contara con dicho cuerpo, recientemente se creó uno. Y hasta este momento está casi inactivo...

Como primera medida decido bajar de los 4.000 a los 3.600 m para poder descansar un día.

Allí comienzo a mejorar, al menos eso creo. Me dirijo al lago para tratar

que estando a unos 3.812 m de altura es el más alto del mundo. Su profundidad máxima es de 500 metros y la superficie es de 8.030 km².

Allí, en la ribera, vive Paulino, el mejor constructor de balsas, por así llamarlo.

Sobre este espejo se asoman, imponiendo toda su belleza, la isla del Sol, donde según la leyenda Manco Capac y Mama Ocllo fundaron el Imperio Inca; la isla de la Luna, las islas flotantes de los Uros, grandes bloques de totoras que navegan sin rumbo alguno, y la isla de Taquiri, con sus casitas de piedra con techo de paja que semejan un paisaje griego.

En la ribera se encuentra el santuario de Copacabana; el Yacht Club La Paz y Puno, ciudad de importantes yacimientos arqueológicos.

Del lado de Bolivia alcanzo a divisar el Illampú, con sus 6.300 m de altura. Este pico cuenta con la pista de esquí más alta del mundo (5.600 m). Intenté ir, pero no lo recomiendo. Una vez que me pusieron las tablas no me podía ni mover por la falta de oxígeno.

Esta región se caracteriza por tener todo lo más alto del globo. Hasta la inflación, que sobrepasa el 800 %, anual holgadamente, y otros índices como desocupación, golpes de estado, etc.

Sin relojes, como un diario ritual, transcurre la vida de los habitantes de esta región.

Veó cómo una joven teje una manta, mientras otra va hilando con un huso. Un niño la ayuda. Más arriba un hombre con dos toros y un arado de madera remueve la tierra, mientras una mujer con un palo rompe los casozotes, un señor siembra.

Sobre el lago se ven las barcas de los pescadores.

Esto me hace volver a la realidad y me dirijo a la casa de Paulino que está a unos 200 m del muelle. Después de dos horas de charla y regateo consigo una totora de unos 5,40 m de eslora, 1,40 m de manga, palo de caña, vela cuadra de esterilla, estay, escota y contra escota de junco trenzado y un remo de dos palas que sirve de timón.

Comienza la travesía

La balsa está lista. La bautizo "Pa-

quita II", por un recuerdo personal, y con la ayuda de cinco aldeanos la boto.

Ante mi sorpresa es muy pesada. Me avisan que a medida que va chupando agua adquiere más peso pero no se hunde más de 10 a 20 cm.

Luego de unas clases de navegación y aprovechando una brisa del SE me dirijo con viento a un largo a la ciudad de Copacabana.

La embarcación es muy estable y no hay mayores secretos.

Con rumbo a la costa aprovecho los cambios de viento, ya que éste vira al W, como suele suceder.

Al llegar, hago noche en la casa de unos campesinos. Duermo con el resto de la familia, previo pago todavía no sé de qué. Es costumbre aquí pagar por un pedazo de pan. "Una monedita gringo", es una frase que escucho hasta el cansancio. Me lleva tiempo tratar de explicarles que no soy un gringo y que me hablen en español en vez de balbucear en inglés.

Ya de mañana, muy temprano, mientras comparto el desayuno, pregunto cómo continuar mi viaje. Me contestan que como el día está lindo me van a acompañar. Entonces decido cambiar de planes y me quedo con ellos.

Al mediodía tienden sus redes y comienzan a sacar pejerreyes y otros peces que no les interesan por no tener valor comercial. Los convezco y logro sacarles unas fotografías.

La pesca es muy rudimentaria, no veo grandes redes ni trasmayos. De carnada utilizan otros peces y se interesan por el pez antes mencionado, que es realmente muy grande (entre 30 y 50 cm). Esta es la base de su alimentación, ya que prácticamente no tienen otro tipo de carne. Además comen mucho arroz "Inca" y una variedad de casi 200 tubérculos, habas y arvejas.

"Me siento muy cansado, hace frío aunque el sol golpea fuerte. Estoy muy rojo, me arde la cara y los ojos. La nariz, los labios y las encías me sangran, y debido al aire tan seco me duele la garganta."

Al día siguiente, con poco viento los pescadores regresan a remo. Yo me siento incapaz de seguirlos. Aunque lo intento durante un rato.

La fatiga aumenta rápido junto con las otras molestias, en tanto la proa apunta hacia Tiquina. Es la parte más angosta y profunda del lago.

Deseo fervientemente que aparezca una embarcación. Tratô de descansar lo máximo posible preparándome para pasar una noche por demás fría: temperatura mínima, según los diarios, -4°C.

Llego antes de la puesta del sol. Para mi desgracia no encuentro ninguna construcción cercana. Mi vela de esterilla y junco me sirven como frazada. Duermo poco pese a contar con gorro, polera, camisa de lana, campera, ropa interior de marina y botas, además del inútil traje de agua (según los entendidos no me iba a servir para nada) que me aísla del viento y del frío.

Al amanecer, sin ninguna ayuda, empujo el "Paquita II" y zarpo hacia Tiquina, esperando que alguien se cruce y me dé una mano.

Pasa un catamarán y ante mis señas me saludan. Me imagino a los guías de turismo explicando: "...and this is a typical bolivian with totora fishing on the lake..."

El viento me sigue propulsando. Al atardecer llego a la isla del Sol.

... "Hoy ya me siento mejor y tratando de hacer el menor esfuerzo posible me dejo llevar por el viento. Mientras veo cantidad de terrazas construidas por los Incas, pienso sobre lo que escribieron ilustres turistas como Bartolomé Mitre o más recientemente el pintor Berni..."

Dejo la nave en el muelle y guiado por un grupo de niños me dejo llevar a la Fuente de la Juventud. Cuando llego a la cima de un cerro, pienso que mi juventud me está abandonando. Junto algunos fósiles como souvenir y averiguo cuándo pasa el próximo barco. Me cuentan que todos los días llegan turistas que continúan viaje hacia Copacabana, Tiquina o Puno.

Esto me da aliento, sobre todo el hecho de pasar la noche bajo techo.

Al día siguiente, mientras paseo por la isla, llega una excursión. Arreglo con el capitán para que me dejen en Copacabana y gentilmente se ofrece a llevar mi embarcación.

Una vez arribado a la homónima ciudad carioca, continúo viaje en óm-

Navegando entre las nubes

nibus hasta la frontera con Perú.

De más está contar lo que se comenta sobre los paisajes sudamericanos, sobre todo por el hecho de que el chofer y yo somos los únicos "latinoamericanos".

Un viaje muy agitado...

Me espera una excursión a la isla Taquiri. Esta consiste en pasar un fin de semana en la isla con la única compañía de sus habitantes en sus rústicas cabañas.

Gratamente compruebo cómo, en la lancha que me va a llevar, acomodan los consabidos cajones de cerveza, verduras varias, frutas, un puerco vivo y un grupo compuesto por doce señoritas y dos matrimonios.

El primer suceso es una inspección de elementos. Comprueban que no hay salvavidas y que los matafuegos están descargados. Una vez que consiguen estos elementos de la lancha de al lado, el timonel quechua, junto con su ayudante aymará, sueltan amarras.

El motor no arranca instantáneamente, por consiguiente nos vamos a camalote. Finalmente arranca, estando en cambio. Como consecuencia embestimos una chata hundida a corta distancia del puerto, pero por suerte a poca velocidad.

El puerto de Puno está situado en una zona muy baja, tanto es así que debieron dragar para hacer el canal. Se ven juncales todo el tiempo y cada tanto boyas ciegas.

Es increíble que hayan elegido un lugar tan bajo, cuando este lago se caracteriza por su profundidad cerca de la costa. Eso sí, la entrada está correctamente señalizada, con el sistema lala (verde y rojo) con boya de medio canal... no vaya a ser que recalle algún petrolero de bandera panameña y contamine el lago.

Para las lanchas y las totoras es una buena guía, sobre todo porque les indica que alrededor de ellas hay agua.

Nuestro timonel no abandona el timón ni un instante. Ni aun cuando el motor se para. Su ayudante me pregunta si yo entiendo algo de motores. Lo miro y le encuentro algo similar al de la Cris-Craft, así que manos a la obra.

Luego de armarlo y desarmarlo varias veces, al primer contacto arranca.

Esto motivó asombro y alegría a todos (sobre todo a mí).

No es muy divertido quedarme a la deriva después de haberlo estado con la "Paquita II".

Al rato falla la bomba de agua. El ayudante destapa la toma que es imposible volver a colocar y ni siquiera sellar con trapos, por lo tanto hacemos turnos de achique con latas.

Cantando seguimos el viaje deseando que el motor no se plante.

Finalmente, la máquina no levanta revoluciones: estamos sobre un banco de totoras. Imitando al man de Camel, me tiro al agua para limpiar la hélice. El renegado arranca nuevamente y continuamos el viaje sin más sobresaltos.

Llegamos a la isla Taquiri. Veo un puerto de piedra con dos dársenas y terrazas para cultivo, cada una tiene de 8 a 10 escalones.

Nos adjudican las chozas donde dormir. Me dan una para mí solo. A mis compañeros les toca una para siete. Más tarde comprobamos (para mi alegría) que se trata de la misma, con una división de cañas. La cama es de adobe y el colchón de paja. Para iluminar nos dan una vela por ambiente.

El pueblo se desparrama por toda la isla. Nosotros estamos localizados en frente a la plaza, arriba del restaurante "El Inca Taquiri".

El pueblo subsiste gracias a las manualidades que realizan los aldeanos. Son realmente muy lindas. Sobresalen los gorros bordados, llamados chollos, los cuales les demandan unos ocho días de trabajo.

Los hombres cuidan del pastoreo. Usan camisas blancas, chalecos negros, faja roja o bordada, pantalón amplio color gris y sus infaltables chollos bordados. Las mujeres, polleras largas, mantillas en la cabeza, blusas blancas. Descalzas, siempre mirando hacia abajo, silenciosas...

Además llevan consigo sus husos, tejen e hilan todo el tiempo. Las terrazas son tan pequeñas que son cultivadas entre dos hombres, ya que no permiten el arado tirado por animales.

Por la noche nos damos un gran banquete. Recomiendo la tortilla taquireña, aunque toda la comida es excelente. Todo con mucho pisco y cerveza.

Luego de tan amena reunión, nos damos cuenta de que está lloviendo y hace bastante frío. Una chica del grupo me pregunta dónde está el baño. Le aconsejo que utilice el método de la piedra. Este consiste en arrojar una contra un matorral. Si nadie contesta, entonces ahí está.

Regresamos a la choza. En total somos cuatro para compartirla. Como soy el dueño de casa se niegan rotundamente a que duerma en el piso. Al rato nos visitan algunos integrantes de la tapera de al lado, quienes prefieren dormir con nosotros. La mañana siguiente nos espera con un copioso desayuno, quesillo, miel, leche recién ordeñada, pan fresco y frutas. Dedicamos el día a pasear y tomar sol. El paisaje es increíble. Se asemeja al mar Egeo. Es casi imposible describirlo con palabras sin completar un libro. Siento como que el tiempo está detenido y las horas transcurren flotando en el espacio. Por la noche se repite la misma situación, pero ya no es tan incómoda dado que nos conocíamos más después de haber convertido una playita de la isla en una especie de Saint Tropez.

El domingo regresamos a Puno. Casi me muero al arribar al puerto y ver mi balsa flotando al lado del muelle.

Aprovecho esta ocasión y me voy unos días a la isla de los Uros.

Estas son bastante curiosas. Están formadas por gruesas capas de totoras, desperdicios y tierra. Los animales caminan sobre ellas a media agua tratando de comer lo que pasa flotando. Amarro mi balsa y trato de entrar en confianza con los indígenas. Algo que me ayudó mucho fue el hecho de llegar en una balsa con vela cuadrada de esterilla.

Esto es algo poco común hoy en día. Después de charlar con ellos y de tomar algunas fotos, consigo que un indio me repare la embarcación. Esta tenía una banda dañada por el traslado. Es así como queda modificada mi balsa. Al igual que ocurre con los barcos, cada vez que solicitamos un especialista terminan desarmando todo.

Al mediodía llega una lancha con turistas. Hay un gran despliegue de indias mostrando sus tapices y artesana-

nías bastante pobres.

En compañía de una de las integrantes del tour, me dirijo a otra isla, tratando de encontrar indios más amistosos y, sobre todo, menos visitantes.

Estas están sobre juncales, con una profundidad no mayor a los 2 o 3 m. Caminar sobre ellas es como pisar una colchoneta en el agua. Hay que tener cuidado, ya que no toda la isla es transitable.

Hay sectores en los cuales uno se hunde aunque sean iguales a los otros. Cuando hay viento se desprenden islotes del juncal y navegan hasta llegar a otro que los contenga.

Alquilamos una choza para pasar la noche. La suciedad es increíble, pero necesaria, dado que junto con una capa de juncos engruesan el suelo que uno pisa.

Siento golpes en el piso. Cerca de donde estoy hay un indio machacando carbón en un mortero.

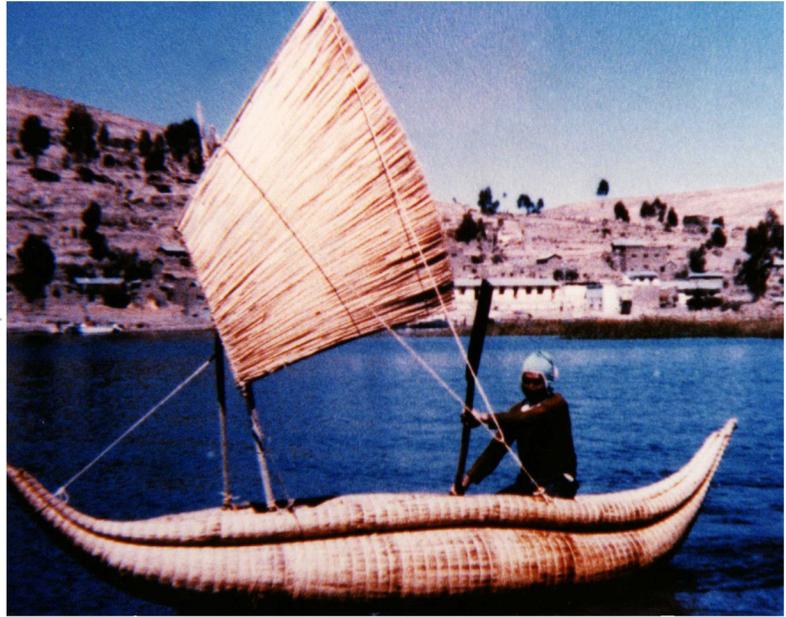
La comida es pobre. Lo único que le da sabor es el picante.

Rodeados de gallinas y con un grupo de aldeanos, comemos con nuestros cubiertos de plástico, lo que les llama muchísimo la atención. No nos sacan los ojos de encima, ni nosotros a ellos. Así pasa la cena...

Las chozas tienen 2 o 3 m de altura. Una esterilla tapa la entrada. Hacen el fuego dentro de ellas por lo que todo está tiznado por el humo. Su economía se basa en la pesca, las artesanías y, sobre todo, en... "¿Me da una monedita?" son indios mangueros. Avivados por el turismo, o mejor, aprovechan la estupidez de los blancos para no tener que cambiar su forma de vida. También tienen animales domésticos que los comen si no se ahogan antes.

Por la mañana emprendemos el regreso a Puno para continuar viaje y visitar las chullpas y el Cañón del Coles, en Arequipa, el más profundo del mundo, con sus paredes de 3.000 m de altura.

Amarro el "Paqui" junto a la lancha San José, la cual anteriormente me había llevado a Taquiri. Caminando con aguas hacia la ciudad, echo el último vistazo sabiendo que no voy a volver. Me despidió de tan noble embarcación que saliera de las manos de Paulino Esteban.



El célebre Paulino Esteban, constructor de totoras y varias de las balsas de Thor Heyerdahl, navegando la Paquita II antes de mi partida

Un hombre, una figura

De baja estatura y cara redonda, con la mirada penetrante, Paulino Esteban representa en sí a todo un pueblo.

Su casa de ladrillos demuestra los años de sacrificio y es fuerza para conseguir una vivienda digna, ya que no es común este tipo de comodidad en el altiplano.

No sabemos su edad, él tampoco la sabe. Pero sí sabemos que su experiencia no es reciente. A los doce años, siendo apenas un niño, comenzó a trabajar en lo que hoy es su medio de vida: la construcción de balsas.

Este oficio fue el que le permitió salir de su tierra natal, la isla Suriki, y viajar por el mundo divulgando sus conocimientos. Es así como Thor Heyerdahl cruzó el Atlántico para demostrar la llegada del hombre a América, en la Rha II, una balsa de papiro construida por Paulino. También la "Tigris" es obra suya, con la cual cruzaron desde el río que la nombra hasta Djiboutí. Actualmente él, su hijo y dos amigos más conforman el equipo que está construyendo una embarcación para cruzar el Océano Pacífico.

La fama y popularidad bien merecidas se engalanan con su humildad, simpleza y dulzura.

Paulino Esteban, sencillamente un típico amayrá. Un pueblo que en siglos pasados se dedicó a llevar a cabo grandes empresas y que hoy, sumidos en la pobreza, sólo esperan los beneficios de una buena conducción y una posibilidad de vida sin condicionamientos del exterior. Han demostrado que saben mantenerse a flote bajo cualquier circunstancia. No les interesa que los comprendan, tan sólo que los dejen vivir.

